

Judith Butler y la deconstrucción del sujeto cartesiano¹

Judith Butler and the Deconstruction of the Cartesian Subject

Resumen

Este artículo parte de la investigación en curso "Identidades colectivas y reconocimiento" que se adelanta desde el 2008 en el grupo de investigación "Praxis de Ética y Filosofía Política" de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle. Se revisa aquí la pertinencia del *sujeto cartesiano* desde la propuesta de la norteamericana Judith Butler, sobre todo por el debate que sostiene con Slavoj Žižek acerca de la actualidad de dicho concepto. Se revisa la relevancia del uso del término *posmodernidad* desde la comprensión de autores como Butler y su teoría sobre la no eliminación del sujeto como concepto.

Palabras clave:

deconstrucción, filosofía política, ontología, posmodernidad, sujeto.

Abstract

This article starts from the ongoing research "Collective Identities and Recognition" being developed since 2008 in the research group "Ethics and Political Philosophy Praxis" of the Faculty of Humanities of the Universidad del Valle. This paper reviews the pertinence of the *Cartesian subject* from the proposal of the North American Judith Butler, especially for the discussion held with Slavoj Žižek about the relevance of said concept. This paper reviews the relevance of the use of the term *postmodernism* from the understanding of authors such as Butler and her theory of the non-elimination of the subject as a concept.

Keywords:

deconstruction, political philosophy, ontology, postmodernism, subject.

Andrés Castelar*

Recibido: 17 de abril del 2012

Aprobado: 15 de junio del 2012

Cómo citar este artículo: Castelar, A. (2012). Judith Butler y la deconstrucción del sujeto cartesiano. *Rastros Rostros*, 14(28), 29-42.

- 1 Artículo que parte de la investigación en curso "Identidades colectivas y reconocimiento" que se adelanta desde el 2008 en el grupo de investigación "Praxis de Ética y Filosofía Política" de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle. Algunas de estas reflexiones surgieron a partir de la tesis de Maestría en Filosofía: "La identidad en disputa: una propuesta filosófica de Judith Butler", elaborada por el autor y dirigida por la profesora Gabriela Castellanos Ph.D. de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, Cali, octubre del 2008; en especial, destaca algunas reflexiones presentes en el capítulo 4 de dicha investigación. El uso del galicismo "deconstrucción" se ha extendido en español y por ello se recurre a ese término y no a "desconstrucción", que respetaría las normas gramaticales del idioma

* Psicólogo de la Universidad del Valle, Cali. Especialista en Comunicación de la Universidad Autónoma de Occidente, Cali. Magíster en Filosofía de la Universidad del Valle, Cali. Docente del Programa de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Cali. Catedrático de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi, Cali. Miembro del grupo de investigación "Nexus" de la Universidad Icesi, avalado por Colciencias. Correos electrónicos: andres.castelar@campusucc.edu.co, andres.castelar@correo.icesi.edu.co

Introducción

El siguiente escrito analiza algunos elementos abordados por Judith Butler (2001, 2002) sobre el problema del sujeto contemporáneo, sin duda uno de los presupuestos básicos del proyecto de la Modernidad y que aún es el centro de importantes debates filosóficos. Sobre este punto, la filosofía ha discutido y teorizado desde múltiples perspectivas; aquí se aborda el sujeto en relación específica con la filosofía política. Para lograr esta empresa, se recurre al método de la revisión bibliográfica en inglés y español.

Los resultados se organizan del siguiente modo: en primer lugar, se introduce brevemente la propuesta teórica de la filósofa norteamericana, en especial su análisis deconstructivo de la filosofía moderna y algunos de sus principales conceptos; posteriormente, se presenta la discusión que ella sostiene con uno de los filósofos más controvertidos de la actualidad: el esloveno Slavoj Žižek (2001b). De este debate se rescatan solamente algunos aspectos relacionados con el problema del sujeto.

Esta discusión, que empieza a principios de los años noventa y que se ha extendido hasta hace relativamente poco, se hizo presente en algunos de sus libros, en conferencias públicas y diversos comentarios en revistas especializadas, tratando temas como la asunción de la identidad, la hegemonía discursiva de la sociedad de hoy y el lugar del discurso lacaniano en los procesos sociales a los que hoy asistimos. Este documento se centra en particular en el debate que establece Žižek (2001b) contra aquellos autores que buscarían “exorcizar” al sujeto cartesiano desde múltiples puntos de vista, aparentemente sin éxito.

A partir de ahí, la meta es corroborar hasta qué punto la intención de Butler es eliminar o destruir la noción de sujeto cartesiano, tal como lo plantea el filósofo esloveno, estudiando algunos de los apartados que ella le dedica al problema del sujeto en escritos recientes, al igual que las condiciones actuales

en las que este concepto se encuentra. No se analizará a fondo su propuesta sobre la prevalencia actual del sujeto cartesiano, por razones de espacio, sino que sólo se estudia la propuesta deconstructiva contemporánea y sus consecuencias.

A modo de conclusión, se señala que el sujeto, desde la perspectiva contemporánea promovida por esta autora, puede ser transformado significativamente a futuro, lo cual no implica destruir este concepto o eliminarlo del ideario filosófico actual. La transformación continua del sujeto está atravesada, indefectiblemente, por la acción política. Con ello, la filósofa logra cuestionar la idea, tan arraigada desde la tradición moderna, de que el sujeto preexiste a sus propias acciones o, en términos de los filósofos contemporáneos, que el sujeto se constituiría de antemano a sus acciones a través de los mecanismos del lenguaje. Así, este debate puede resultar aclarador para estudiar algunos avances sobre el problema del sujeto contemporáneo y reconocer cuáles son los límites actuales de la ontología, en especial en los trabajos de Judith Butler, quien ha sido considerada por muchos como una de las representantes del movimiento posestructuralista de la actualidad.

Metodología: el sujeto contemporáneo – ¿vive o muere?

El lugar del sujeto en el mundo filosófico de hoy ha generado multitud de reacciones, en especial a partir de las propuestas realizadas por algunos filósofos desde los años sesenta. Ellos habrían emprendido sigilosamente un proceso de crítica que devino un verdadero desafío contra los conceptos filosóficos modernos: al decir de Perry Anderson, el eslogan de la década fue “la muerte del sujeto” (Sheenan, en Connors, 2004, p. 25).

Se creería que este lema hubiese influenciado, de una forma u otra, a pensadores como Althusser (1980) y Lacan (1971), pero sobre todo al filósofo francés Michel Foucault (1977). Cada uno de ellos, desde su disciplina, habría contribuido a socavar

los cimientos del sujeto moderno. Casi medio siglo después de la publicación de sus obras aún es posible percibir las huellas dejadas en autores e idearios continentales y anglosajones. Este legado ha sido llamado por algunos (en especial, por Lyotard, 1991) como la “posmodernidad”. Fuerza referirse brevemente a este término, señalando algunos puntos sobre sus aportes a la transformación de la idea de sujeto hoy en día, sin profundizar en sus implicaciones para la filosofía.

Tal como lo señaló en su momento Lyotard (1991), el hombre posmoderno descrea de los grandes relatos, que provienen de una crisis inaugurada en la segunda mitad del siglo XIX. Esas narrativas (tales como el posicionamiento del Espíritu, la emancipación racional del ciudadano, el arribo de la sociedad sin clases) sirvieron para sostener toda la tradición filosófica moderna y prácticamente inauguraron las ciencias sociales. Sin embargo hoy, al ser puestos en cuestión, no solamente sitúan en una verdadera crisis al saber científico (o al menos al que apostaba por la cientificidad de las disciplinas sociales) sino a toda idea de *verdad* occidental. Este movimiento (llamado por algunos posmodernidad y por otros simplemente como posmodernismo) ha estado estrechamente asociado a un posestructuralismo, oriundo de Francia, pero que se habría afincado con fuerza en Norteamérica al finalizar el siglo pasado (Sim, 1998) y que encabezaría la lista de quienes descrean de las narrativas modernas que solían ser vistas como la panacea.

El posestructuralismo critica el recurso de recurrir a la idea de estructura (o sistema) promovido como una respuesta a las preguntas sobre el lenguaje, la conformación social y el ser humano en general. Su desconfianza y su profundo escepticismo hacia los modos de pensamiento tradicionales, hacia las formas de autoridad y, sobre todo, hacia las decisiones fundacionales (Sim, 1998) hacen que algunos autores, como Sheenan, adviertan que: “Los pensadores posmodernos han reaccionado típicamente

con sospecha frente a la noción de *origen* (Sheenan, en Connor, 2004, p. 20, traducción del autor).

Se sugirió el lema de “la muerte del sujeto” como propio de la posmodernidad. Sin embargo, esta reciente tradición ha tenido otras transformaciones, igualmente notorias, que convirtieron a la filosofía en un campo de conflicto o de debate (más allá de las pugnas a las que estaba acostumbrada la academia) y a los filósofos posmodernos prácticamente en *los heraldos del fin*. Piénsese por ejemplo en el giro lingüístico, que implicó el fin del hombre metafísico y la aparición en escena del “pensar del hombre”; en la fuerza del trabajo feminista contemporáneo; en los temores cataclísmicos asociados al deterioro ambiental o en la sensación de “hiperrealidad” de adolescentes y jóvenes.

El hecho de que el pensamiento posmoderno haya aparecido en la filosofía no quiere decir que se circunscriba a esta: por el contrario, ha permeado en general el pensamiento actual. Sin embargo, vale la pena preguntarse: ¿eso es la posmodernidad? ¿Es posible caracterizar el discurso filosófico posmoderno como una entidad discreta, verificable, tangible, con un único nacimiento? ¿Es posible ver la posmodernidad como un movimiento realmente existente, que es precedido por la modernidad? Y entonces, ¿qué vendría después de la posmodernidad?

La última pregunta se ha popularizado tanto como la posmodernidad misma, y surge a raíz del afán de caracterización del movimiento que persiste en algunos autores y, sobre todo, en el ámbito académico norteamericano. Este afán de inteligibilidad (analizable en los términos sobre la pregunta que formulaba al inicio: ¿qué está pasando?, ¿ha muerto el sujeto?, ¿los posmodernos desean matar al sujeto cartesiano?) es un rasgo que resulta muy interesante para este escrito, dado que valdría la pena saber si el concepto de sujeto puede abolirse de la noche a la mañana del espectro filosófico. Sobre ello se volverá más adelante.

Ahora bien, es posible sugerir una nueva hipótesis sobre la manera de intervenir de algunos autores contemporáneos, quienes, más que eliminar el concepto de sujeto, lo cuestionan y someten a un minucioso escrutinio. Sin el interés abolicionista que se les asigna, considero que las obras de algunos autores posmodernos lo que hacen es deconstruirlo. El análisis deconstructivo, formulado a partir de la propuesta de Derrida (en palabras de Sim), es destacado por muchos como la muestra más destacada de la posmodernidad, advirtiendo que

[...] ha sido una de las expresiones más poderosas del ethos posestructuralista. La deconstrucción estaba dirigida contra el lado sistematizado [solidificado] del estructuralismo y consideraba que los fenómenos eran reducibles a operaciones del sistema [...] preocupándose por mostrar la inestabilidad del lenguaje y de los sistemas en general (Sim, 1998, p. 9, traducción del autor).

Al decir que hay un lado solidificado, se da a entender que no hay un proyecto de eliminación total ni una meta revolucionaria, sólo que es posible cuestionar, desandar ciertos caminos tomando elementos particulares de ese monolito; es más la apertura de una brecha dentro del mismo, lo que no quiere decir que el edificio se quiera demoler.

Pese a que el posestructuralismo cuestiona la idea de estructura como sistema, resulta una idea trascendental: la inestabilidad del lenguaje es la clave de su eficacia, no su defecto por corregir. La base del análisis deconstructivo presupone la variabilidad del sentido de las palabras, la brecha entre lo que quiere decir el emisor y lo que comprende el receptor. El lenguaje existe en la medida en que hay una diferencia entre lo que se dice y lo que se comprende. En palabras de Sheenan: "El énfasis en la diferencia, en aquello que falla conforme a la norma o al sistema solidificado, es lo que llamamos deconstrucción y resulta muy característico del ethos posmoderno" (2004, p. 6, traducción del autor).

Es necesario dedicar entonces un breve apartado tanto a la influencia que ejerció en la autora la obra completa de Foucault, como a la enseñanza que recibió de Jacques Derrida. Esto se hace para revisar su debate en torno al tema cartesiano,¹ pues el trabajo deconstruccionista posestructuralista de hoy se ampara en ambos y reconoce sus aportes frente al sujeto, lo que sería esclarecedor para el lector.

El problema del sujeto cartesiano es abordado tempranamente por Foucault desde la *Historia de la locura* (1967); la posición del *cogito* (el imperativo racional) es una modalidad de ocultamiento del discurso, y por tanto de la verdad, que podría plantear el insensato. Su imposibilidad de dudar lo alejará del terreno del método cartesiano.

Este primer Foucault, el de la arqueología, crítico acérrimo de la psicología y del saber psiquiatrizante de su tiempo, presenta al *loco* como un ser que ha sido silenciado, ocultado ante los demás, pero que resulta útil para los propósitos de la modernidad, en la medida en que es el componente excluido de dicho sistema hegemónico, es el sobrante que justifica la necesidad de la razonabilidad. Es precisamente el insensato, aquel que no puede dudar de la realidad que le rodea (como lo señala Descartes en un célebre pasaje de su Primera meditación) quien no participa directamente del proyecto racionalista:

[...] hay muchas [cosas] que por los sentidos conocemos y de las cuales no es razonable dudar: que yo estoy aquí, sentado al lado del fuego, con un papel entre las manos, vestido de negro, es cosa indudable para mí. ¿Cómo puedo negar que estas manos y este cuerpo son míos? Para negarlo tendría que ser un insensato o un perturbado,² como esos que aseguran continuamente que son emperadores y van vestidos de andrajos, o creen

1 Algunas de las ideas presentes en el debate Foucault-Derrida en torno al problema de la locura, a la luz de las meditaciones metafísicas de Descartes, están presentes en el trabajo de Jean-Paul Margot (2003), especialmente en el capítulo X.

2 Increíblemente, esta traducción omite una aposición bien interesante, que figura en otras versiones como la española de Alfaguara y que dice: "[...] un insensato o un perturbado, cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que aseguran constantemente ser reyes [...]" (Descartes, 1981, p. 17).

que poseen trajes de oro y púrpura y van vestidos de andrajos, o se imaginan ser un cántaro o que su cuerpo es de cristal. Esos son locos y yo sería tan extravagante como ellos si siguiera su ejemplo (Descartes, 1990, p. 62).

Sin embargo, su no-participación en este proyecto es vital para su realización. El *cogito* limitaría la participación del loco, sin negar su existencia. Para el proyecto cartesiano, el loco es incapaz de ejercer la duda metódica sobre lo que siente o vive: no puede dudar de sí (ni cuestionar ni cuestionarse a sí mismo). El insensato se constituiría en un excluido de la naciente racionalidad moderna y no podría decir lo siguiente:

[...] después de pensar mucho y de examinar cuidadosamente todas estas cosas, es preciso concluir que esta proposición: yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera, siempre que la pronuncio o la concibo con mi espíritu [...] En suma, ¿qué soy? Una cosa que piensa. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente (Descartes, 1990, p. 65).

Esto no implica que se niegue de plano su existencia, ni que se reprima su dolencia. No hay tal ocultamiento del loco: antes, por el contrario, es necesario hacer ostentación de él. Es posible suponer que, para Foucault, la existencia del loco moderno es necesaria para constituir el sistema moderno por excelencia: la oposición fundamental de la razón, basada en la oposición entre lo normal y lo patológico (Cf. Canguilhem, 1962).³ Según Margot,

[...] Foucault privilegia el sistema sobre el ejercicio [cartesiano de la duda metódica] porque cree –o decide– porque es de este modo en la economía de la Primera meditación [...] afirma que el sujeto no crea el discurso, que el discurso crea sus objetos y que nos encontramos ante un sujeto disperso (2003, p. 175).

³ Vale señalar que Canguilhem fue maestro de Foucault y su antecesor en la cátedra sobre los sistemas de pensamiento en el Collège de France.

Ese discurso se encarna precisamente en la Primera meditación. Es posible señalar (siguiendo a Foucault, 1967) que el loco moderno empieza a aparecer con actos tales como la exclusión que formulará Descartes (1990). El sistema requiere de un no-participante, un no-razonante. Desde ese momento se estructurará un sujeto racional, centrado, autointeresado e individual, que puede distanciarse del otro de manera permanente y que tiene una reflexividad excepcional.

Derrida (1988) no estará de acuerdo con la propuesta filosófica que presupone que el sistema hegemónico racional es una entidad sólida y compacta, y en cambio verá en la presencia del loco la clave de su análisis y la posibilidad de deconstrucción del edificio cartesiano. Es la presencia del loco, entendido más como un síntoma en lugar del componente constitutivo pero excluido, lo que hace tambalear el naciente sistema. El loco es silenciado, pero el silencio obligatorio habla más que las mismas palabras. El sistema moderno nace endeble, no terminado ni mucho menos sólido y ofrece sus propias fisuras.⁴

Para Margot (2003) la posibilidad de existencia que tiene la locura (sinrazón) en la tradición occidental es más que necesaria y no se circunscribe únicamente a Descartes ni tienen que limitarse a sus meditaciones. Según él,

La estructura de exclusión, el hecho de que una nueva forma de discurso [*lógos*] desplaza, excluya y exilie una forma anterior, es una invariante que se repite a lo largo de la historia de la filosofía, es decir, a todo lo largo de la historia del sentido, de la historia de la razón en general (1990, p. 187).

Ya decía Lacan que:

Por la palabra que es ya una presencia hecha de ausencia, la ausencia misma viene a nombrarse en un momento original [...] y de esta pareja modulada de la presencia y ausencia [...] nace el universo

⁴ Fisuras que pueden ser rastreadas a modo de huellas. Ese sería el núcleo del ejercicio deconstructivo seguido por Derrida.

de sentido de una lengua donde el universo de las cosas vendrá a ordenarse (1971, p. 265).

Entonces, ¿qué habría de especial en la constitución del sistema hegemónico moderno?, ¿qué tendría de especial el nacimiento de un sujeto cartesiano, racional, tal como se describió arriba?

Lo particular de este acto es que en lugar de desplazar, excluir o exiliar al otrora loco medieval (ora bufón, ora objeto de locura sagrada), se produce una naturalización por la vía del discurso. No se reprime al loco sino que se le hace un objeto propio de la naturaleza degenerada por esos *negros vapores de la bilis*. Tal y como lo señala el mismo Margot páginas después, “[...] la razón no excluye la sinrazón; la razón construye, por el camino de la ficción, su otro, crea su afuera para desarmarlo y hacer suyos los poderes que en todo tiempo el hombre ha sabido encontrar en la locura” (2003, p. 188).

Entonces, si de la propuesta foucaultiana se destaca que señala la estructura moderna como un sistema bipolar entre la razón cartesiana y la sinrazón del insensato anónimo, y si de la enseñanza derridiana se resalta ese señalamiento que convierte al sistema ontológico en endeble y frágil, se concluye que los dos reconocen la existencia velada de un no-sujeto, que en Descartes (1990), como en muchos autores modernos, es necesario para sostener la hegemonía del sistema. Sin embargo, ¿cómo se crea, cómo nace ese sujeto? ¿Cuáles son los mecanismos empleados para hacerlo surgir y sostenerlo?

Resultados

En el siguiente apartado se presenta la propuesta de trabajo emprendida por Butler desde la publicación en los años noventa de sus libros *El género en disputa* (2001) y *Cuerpos que importan* (2002), haciendo un esfuerzo por extrapolar su posición frente al sujeto contemporáneo. Sus desarrollos filosóficos, que surgen a partir tanto de un profundo interés en los trabajos de Foucault (especialmente a partir de *Vigilar*

y *castigar*, 1976, y del primer tomo de *Historia de la sexualidad*, 1977) como de una aproximación al trabajo deconstructivo, pueden ser esclarecedores para las preguntas que se formularon.

El sujeto deconstruido de Judith Butler

Butler es una destacada filósofa y académica norteamericana que ha trabajado el tema de la diversidad sexual, el género y la construcción de los cuerpos desde la retórica y la filosofía política. Ha tomado elementos de la filosofía derridiana y del análisis foucaultiano, pero también se ha visto influenciada por el psicoanálisis de orientación lacaniana y por trabajos de lingüistas de la escuela inglesa del lenguaje ordinario.

Esta mezcla conceptual genera una serie de trabajos que, a partir de la década del noventa, han impactado por igual tanto el ámbito de la política (al formular importantes críticas sobre las decisiones tomadas en la política sexual norteamericana. Ver, por ejemplo, Butler, 1993), como el de la filosofía (en terrenos como la metafísica y las grandes obras del pensamiento moderno y contemporáneo, como se ve en Butler y Spivak, 2007). Esto la ubica como una autora de relevancia que tiene elementos que aportar al tema del sujeto de hoy. Al mismo tiempo, su posición política abiertamente feminista y sus intereses en temas como la diversidad sexual, las políticas públicas frente a las minorías y las implicaciones sociales de la desigualdad sexual le han valido un reconocimiento (que ella misma ha declinado) como la gestora de la teoría *queer* de Estados Unidos.⁵ Dicho movimiento ha reivindicado (a la luz de algunos documentos de autores posmodernos, entre ellos Judith Butler) la transformación de las estructuras

⁵ El movimiento queer se ampara en los estudios gays y lésbicos y combina procesos de activismo, cabildeo e incidencia política frente a la bipolaridad heterosexual. Más que fomentar una serie de libertades o de luchar por el reconocimiento de la diversidad, desafía la naturalización de la diferencia sexual y la oposición masculino-femenino, a la que juzga jerarquizante. Sobre esta atribución fundacional, ver Peter Osborne y Lynne Segal (1993), versión online, en la que se comprende que su rechazo a la idea de sujeto fundador (el sujeto previo a los actos, la simiente que engendra de la nada) le lleva a rechazar cualquier tipo de caracterización paternalista.

bipolares modernas (normal-patológico, dominante-dominado, heterosexual-homosexual) de cara a la posibilidad de reconocimiento de la diferencia y de la diversidad en el mundo actual, y a desafiar las estructuras hegemónicas que han ejercido modos de control y dominación sobre los sujetos. Por esta razón, no es impertinente extrapolar su posición frente al sujeto cartesiano en particular.

Como se ha señalado en otros apartes, la intención de Butler “[...] no es negar al sujeto sino socavar la idea de una agentividad del individuo que preexiste a sus propias acciones” (Castelar, 2008, pp. 135 y ss). Al referirse a la relación entre posmodernidad y política, explica que

Decir que la política es un sujeto estable es decir que no puede haber ninguna oposición política a esa afirmación. De hecho, esa afirmación implica que una crítica del sujeto [sería] un acto que pone a la política en peligro (Butler, 2005a, p. 133).

Y, más adelante:

El negarse a asumir, es decir, a exigir una noción de sujeto desde el comienzo no es lo mismo que negar o rechazar tal idea por completo; por el contrario, es preguntarse sobre el proceso de su construcción y el significado político y las consecuencias de tomar al sujeto como un requisito o una presuposición para la teoría (Butler, 2005a, p. 134).

Su tesis fundamental es que lo que conocemos comúnmente como “la realidad del sexo”, materializada a través de la diferencia sexual (es decir, de la articulación sexo-género), y se constituye a través de mecanismos discursivos que operan sobre los cuerpos. La sexualidad es, ante todo, un conocimiento sobre nosotros mismos: es un saber que al clasificar lo material (las formas, los límites, etc.) produce un saber que termina por materializarse. Dicho análisis se puede extrapolar a otras categorías, como la clase o la etnia. Siguiendo la teoría foucaultiana, estos mecanismos no oprimen o excluyen al sujeto, antes bien lo constituyen, dado que demarcan los

límites de su existencia e imponen las prácticas de su reconocimiento e identificación. Antes de nacer, el sujeto ha perdido su lugar.

Sin embargo, ¿cómo lleva a cabo el ejercicio de dominación? Mediante la repetición de actos performativos, es decir, actos que llevan a cabo aquello que enuncian.⁶ La performatividad butleriana se destaca no tanto por la fuerza ejecutora de sus enunciados, sino sobre todo porque este mensaje se remite a un poder anterior a él. El mensaje del acto performativo es una cita de una cita que se extendería al infinito. Pero, ¿cuál es la cita? ¿Hay un repertorio de frases que describan el modo de ser? Más que ello, es preferible señalar el conjunto de elaboraciones fantaseadas (muchas veces de modo inconsciente) sobre el deber ser, el modo de actuar en el marco de la normalidad.

Ahora bien, ¿es posible no apelar a la cita? La cita es el argumento que sostiene la inteligibilidad de los cuerpos: en el caso del género (desarrollado en Butler, 2001, capítulos 1 y 2) los cuerpos deben ser inteligibles, es decir, deben poder ser ubicados en una matriz de comprensibilidad del sistema hegemónico moderno, que clasifica y caracteriza a los seres humanos.

La identidad sexual del individuo (por ejemplo) es constituida a través de mecanismos discursivos que repiten (se presentan de modo iterativo ante otros) y ejecutan el mensaje contenido en dichos mecanismos. Identificarse con un sexo, entonces, implica repetir (y, por tanto, representar) un conjunto de enunciados que validen las conductas sexuales aprobadas por el sistema hegemónico. De igual manera, para la autora la raza es el mecanismo que le da inteligibilidad a una serie de actos que controlan y dominan a los cuerpos (Butler, 2002, capítulo 6). Así, los esquemas clasificatorios (diagnósticos, demográficos, económicos) son

6 Pese a tomar el término propio desarrollado por Austin (1990), Butler se distanciará de la definición canónica de “acto performativo” dado que el ejercicio austiniano presupone un locutor que cumpla una serie de requisitos para emitir su mensaje, que son conocidos como las “condiciones de felicidad” del lenguaje.

un conjunto de actos performativos que tratan de dar cuenta (de hacer inteligibles) de los sujetos detenidos en el orden social.

En una alegoría bien conocida, presentada por Althusser al referirse a los aparatos ideológicos de Estado, el sujeto (tal como el de Judith Butler) es constituido a través de un acto de interpelación que lo determina y lo signa (lo nombra, es decir, lo designa), pues el policía grita: “¡Hey, usted!”. El transeúnte, al ser increpado, se convierte en sujeto de la ley y la cumple o la transgrede, siempre en el marco del llamado dictado por el policía (Althusser, 1980, pp. 54 y ss.). Esa interjección es una metalepsis empleada de modo cotidiano por el agente de la ley; no es sólo una frase usada para atraer la atención, sino sobre todo una forma de decir: “*Sospecho de ti, detente*”, “*Yo sé más que tú sobre ti: obedece y mírame*”. Además, dicho acto de habla actúa (es efectivo) en la medida en que apela a la verdad encarnada en el policía, encargado de guardar la ley.

Así actuaría el designio divino de Jesús hacia Pedro (dejar atrás el nombre Simón y la asignación posterior del nombre Petrus) que no se queda en el gesto sino que crea de modo performativo los cimientos de un discurso institucional: el cristianismo. “*Tú eres Pedro y sobre ti edificaré mi Iglesia*”. Si bien es cierto que hay un sujeto (Jesús) y un objeto (Pedro) advirtiendo una acción aparentemente enunciativa; la fuerza ilocucionaria del mensaje es clara: “*Tú estás designado para servir a mis propósitos*”. En este punto es necesario revisar el acto performativo cartesiano:

[...] después de pensar mucho y de examinar cuidadosamente todas estas cosas, es preciso concluir que esta proposición: yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera, siempre que la pronuncio o la concibo con mi espíritu [...] En suma, ¿qué soy? Una cosa que piensa. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente (Althusser, 1970, 65-66).

“*Es preciso concluir*” y “*siempre que la pronuncio o la concibo*” no son simplemente afirmaciones hechas a la ligera, son el resultado de las célebres meditaciones cartesianas, pero sobre todo son una invitación a acoger la nueva verdad. Son un acto performativo que dará pie al establecimiento de un auténtico régimen basado en el reconocimiento de la verdad. Cabría introducir de paso la famosa sentencia lacaniana: “El inconsciente es el discurso del Otro” (Lacan, 1966, p. 364), lo cual no quiere decir que se niegue de plano su existencia ni que se reprima su dolencia. Lo que ocurre es que los sujetos modernos se constituyen a través de la repetición de actos performativos que citan contenidos fantaseados como pertenecientes a la verdad. Ser un sujeto moderno es repetir continuamente “pienso, luego existo”, pues la razón se convierte en la fantasía de la realidad (y por tanto, convierte lo racional en lo único real). En ese orden de ideas, el *cogito* es una estrategia performativa que ha terminado por naturalizarse y circula a través del lenguaje, creando una realidad.

En palabras de Butler, pensar el problema del sujeto es imposible sin tener que abordar, al tiempo, el problema de la verdad que rige los parámetros por medio de los cuales el sujeto es constituido. No solamente se hace referencia a una serie de términos ajenos al sujeto, sino sobre todo a aquellos que han sido asumidos por él en aras de alcanzar su propia inteligibilidad: “[...] así que aquello que yo puedo ser, literalmente, está constreñido por el régimen de verdad que decide qué será y qué no será reconocido como una forma de ser” (Butler, 2005a, p. 22, traducción del autor). El régimen de verdad que impera no es otro más que el régimen racional inaugurado en tiempos de la naciente Ilustración francesa.

De esta manera, al cuestionar el régimen de verdad imperante también se pone en cuestión el sujeto por él (o por su época) creado. Poner en cuestión no significa negar, ni tampoco implica desechar o excluir; al contrario, es incorporar en la escena

filosófica las implicaciones políticas de la constitución metafísica del sujeto moderno. De la misma forma que se desestima la bipolaridad entre lo normal y lo patológico, se deja de lado la oposición entre *individuo y sociedad*:

[...] la palabra *decide* puede ser demasiado fuerte, pues el régimen de verdad ofrece un marco de referencia para la escena del reconocimiento, delineando a quienes estarán calificados como sujetos de reconocimiento y ofreciendo normas disponibles para dicho acto (Butler, 2005b, p. 22, traducción del autor. Cursivas en el original).

Sin embargo, al pensar el sujeto como constituido a partir del discurso que lo controla, no se considera que las personas son marionetas que bailan en el tinglado de la vida cotidiana, parodiando la concepción de Dios en el ocasionalismo de Malebranche.⁷ Para Butler, el problema de la constitución de los sujetos no hace de la performatividad una decisión racional (pues tornaría de un gris burocrático el problema de la institucionalidad de la acción). Por ello, urge mencionar el problema de la agencia del sujeto.

El núcleo de la discusión sobre la agencia del sujeto posmoderno reside en el desafío al sujeto gramatical: advertir que el sujeto es previo a sus acciones no solamente es hacer coincidir el sujeto ontológico con el gramatical (sujeto-objeto-complemento), sino esforzarse por reificar a un individuo abstracto que, gracias a ejercicios mentales, a designios sociales o a aprendizajes paulatinos, logra dar cuenta de sus acciones.

En su prefacio a *Cuerpos que importan* (2002), Butler se esfuerza por aclarar su distanciamiento con la idea tradicional de performatividad o de *performance*. El *performance* en su perspectiva filosófica

⁷ Según Žižek, la única solución que unifica las dos redes causales (mental y corporal) es Dios, verdadera sustancia, que coordina y da orden, dando una sensación de continuidad: "[...] cuando pienso en levantar mi mano y mi mano efectivamente se levanta, mi pensamiento no causa directamente que se levante sino sólo "ocasionalmente"; en lugar de percibir mi pensamiento dirigido a que mi mano se levante, Dios pone en movimiento la otra cadena causal y material que lleva a que mi mano efectivamente se levante" (Žižek, 2005, p. 172).

no es un acto que un actor observa para después repetir; es más la ejecución de una serie de dispositivos discursivos que remiten a verdades sobre el ser. Dice, tratando de dar sentido a las críticas generadas por su anterior libro, *El género en disputa* (2001),

Si yo hubiera sostenido [en *El género en disputa*] que los géneros son performativos, eso significaría que yo pensaba que uno se despertaba en la mañana, examinaba su guardarropas o algún espacio más amplio en busca del género que quería elegir y se lo asignaba durante el día para volver a colocarlo en su lugar en la noche. Semejante sujeto voluntario e instrumental, que decide sobre su género, claramente no pertenece a ese género desde el comienzo y no se da cuenta que su existencia ya está decidida por el género (Butler, 2002, p. 12).

El género no es un *estilo* elegible, como tampoco lo es la etnia, la orientación sexual o la clase. No hay un sujeto previo a estas categorías, puesto que las categorías en sí mismas son el resultado de actos de inteligibilidad discursiva que darán sentido al individuo que las ostenta. Evidentemente, la ritualización (la repetición citacional) de las normas sobre el género, el sexo, etc. tampoco quiere decir que el sujeto se vaya construyendo poco a poco, poniendo detalles a su género como se agregan ladrillos a una pared.

A lo que se refiere la propuesta de esta autora es a la materialización de la *verdad del género*, la *verdad de la clase* o la *verdad del deseo sexual* a partir de actos inconscientes en los que el individuo se está reconociendo continuamente con los discursos que contienen esa *verdad*. Es un proceso que no se inicia o se detiene de manera voluntaria y, sobre todo, en el que no sólo participan las disposiciones que enmarcan un régimen de verdad, sino en el que aparece la figura del excluido (el insensato cartesiano) y el cuerpo abyecto, ininteligible, que se cierne sobre un individuo y que permanece como una sombra proyectada sobre los cuerpos que se esfuerzan así por materializarse.

De cierto modo, es como el cartesiano inicial, que medita y duda tal como le enseña su maestro, temiendo ser tomado por loco. Este miedo es importante para la cimentación del sistema porque deviene en amenaza contra aquellos que no se han percatado aún del valor de verdad que cobra la declaración performativa. Sin embargo, es precisamente la figura del loco la que instauro la posibilidad de agencia en los sujetos, ya que su presencia demarca los límites de la verdad.

Anteriormente se había señalado que la existencia del loco era necesaria para acceder al régimen de verdad, y en ese sentido la autora sigue esta idea. Pero el ejercicio deconstructivo se hace presente también en el análisis butleriano al advertir que la no-presencia del loco es tanto una necesidad perentoria para sostener al sistema, como una figura de amenaza a este.

En general, el edificio del lenguaje (así como el sistema del régimen de verdad) no se constituye como una instalación monolítica que evidencia algunos defectos, sino que, por el contrario, son los defectos (las fallas, los problemas o, siguiendo a Freud, los síntomas) los que constituyen el valor del sistema, dado que son los que desafían su validez. El loco, el desadaptado, el bizarro encarnan figuras fantasmáticas que son eliminadas del panorama discursivo (reprimidas, en el sentido freudiano inicial) pero que retornan en forma de rasgos vividos como persecutorios, de gestos o temores a evitar. Por esta razón, el exilio que promueve el sujeto cartesiano merece ser revisado.

En palabras de Butler, la posición del sujeto se caracteriza por “[...] el fracaso de cualquier articulación en particular para describir a la población que representa” y además porque “[...] cada sujeto está constituido sobre diferencias y lo que es producido como el exterior constitutivo del sujeto nunca puede pasar a ser totalmente interno o inmanente” (Butler, Laclau y Žižek, 2004, p. 18).

Así las cosas, para Butler la separación entre sujetos y no-sujetos no parte de un acto de clasificación propio de quien caracteriza elementos a partir de sus particularidades, sino de un acto de constitución de los sujetos esencializados a partir de una aparente *naturaleza*. En el caso del insensato, este estaría imposibilitado para formar parte del sistema de verdad inaugurado por la duda metódica. Asimismo, el naciente sujeto cartesiano cobraría vida en la medida en que parte de un acto performativo (localizable, a modo de ejemplo, pero no exclusivamente) en la primera meditación, al percatarse de su existencia a partir de un acto de razonamiento ajeno a personas como el insensato.

En el siguiente apartado, se presentan algunas de las principales críticas formuladas al proyecto deconstructivo butleriano, tratando de resolver dudas y señalamientos que puedan surgir acerca de la transformación en la concepción contemporánea del sujeto.

El debate Žižek-Butler

El debate entre Slavoj Žižek y Judith Butler es de larga data y se ha centrado en varios temas, que van desde el problema de la identidad hasta los límites del discurso, pasando por el lugar del sujeto político en la actividad filosófica de hoy. Al compartir intereses similares (psicoanálisis, filosofía, perspectivas de izquierda sobre la política contemporánea) estos dos filósofos han iniciado un diálogo bastante nutrido sobre el cual se recogieron algunas conclusiones en *Contingencia, hegemonía, universalidad*, redactado en el 2000, en compañía de Ernesto Laclau.

Pese a que estas discusiones han sido fructíferas y han arrojado luces en torno al problema de la filosofía actual, hoy en día estos autores han tomado caminos diferentes en la filosofía política (violencia y religión, en Žižek, duelo y desplazamiento forzoso, en Butler). Sin embargo, este artículo trata de recoger algunas pistas para pensar el problema del

sujeto cartesiano en la actualidad y preguntarse qué queda de ese sujeto hoy.

Zizek va y viene con gran facilidad entre la política, el cine, la actualidad contemporánea y el psicoanálisis, estableciendo relaciones entre elementos aparentemente tan diversos como el falo y el capital (*El sublime objeto de la ideología*, 2001a), entre el cine de David Lynch y el círculo obscuro de lo real (*El espinoso sujeto*, 2001b) o entre lo real lacaniano y algunos monstruos cinematográficos como Alien o Tiburón, cuya presencia es en realidad una ausencia que moviliza las fantasías inconscientes de los protagonistas.

La hipótesis de Zizek es que, en la filosofía contemporánea, el sujeto cartesiano ha devenido un elemento propio de lo real, dado que hay una meta común entre toda suerte de corrientes filosóficas (deconstruccionismo posmodernista, cognitivism neuronal, incluso posmarxistas y seguidores de la *New Age*) por exorcizar el fantasma del sujeto moderno. Según Zizek (2001b), ese esfuerzo en común no hace más que dar vida al aparentemente agonizante *cogito* cartesiano que, a pesar de las múltiples transformaciones sufridas en los últimos siglos, funciona aún como factor aglutinante de las fuerzas que se le oponen.

La discusión sobre el sujeto empieza con la crítica que le formula Butler a Zizek por sus posiciones acerca del lugar de la ideología en la construcción de la identidad del individuo, publicadas en *El sublime objeto de la ideología* (2001a) (dichas críticas están presentes en *Cuerpos que importan*, 2002). Esta ideología (para el caso de Zizek en particular, el psicoanálisis) es entendida como un espacio político que se basta a sí mismo para dar cuenta de las relaciones construidas por el sujeto contemporáneo. En ese sentido, tanto la conformación de los sujetos como la existencia de no-sujetos, es decir, de seres no sujetos, son parte fundamental del sistema discursivo. Según una mirada butleriana, el estructuralismo psicoanalítico presentado por las ideas de

Zizek consolidaría el lugar hegemónico del discurso como un elemento constitutivo y totalizante de los sujetos.

Esta totalización discursiva se haría presente al presuponer que el sujeto se constituye a partir de la falta primordial (una pérdida esencial, una ausencia irrecuperable) que el lenguaje vendría a suplir o, al menos, a tratar de colmar. Dicha falta podría ser entendida como la falla en el sistema (equiparable al insensato cartesiano: aquel impedido para acceder a la condición de sujeto).

La falta aparecería en Zizek, así como en Butler, mediante la introducción del concepto lacaniano de lo real: ella lo define como aquel resto no simbolizable, ilegible, ininteligible, que escapa al proceso de simbolización del sujeto y que, en esa medida, lo constituye (Butler, 2002, pp. 271 y ss).⁸ En esa medida, lo *real* sería una carencia (o desde la perspectiva política, una contingencia) que daría pleno sentido al lenguaje que da forma al sujeto. Si en el psicoanálisis dicha carencia primigenia (ubicada en el registro de lo real) es el origen del deseo, en la política dicha contingencia, en tanto privación, es la causante del antagonismo social, al mejor estilo hegeliano.

No se profundizará aquí en la discusión que formula el filósofo esloveno, sino que se señalan solamente las ideas fundamentales que este debate puede generar acerca del sujeto. Según Zizek (2002b), el lugar de lo *real* en el inconsciente sería extremadamente abarcador, llegando incluso a sobredeterminar las acciones del individuo, en la medida misma en que detenta la falta que se convierte en causa del sujeto. En esa medida, una acción que trate de escapar del control inconsciente del lenguaje sobre el individuo sería parte del mismo mecanismo y, por tanto, no habría escapatoria. Insensato y filósofo pertenecerían a un mismo orden y no podrían escapar de él.

⁸ El concepto de lo Real proviene de la enseñanza lacaniana (hacia 1953) y se encuentra articulado a dos componentes que conforman un ternario de registros fundamentales en el sujeto: lo imaginario, lo simbólico y lo real. A lo largo de su enseñanza se centrará en uno u otro registro.

¿Cómo funcionaría entonces el insensato cartesiano en el sistema moderno? Partiendo de lo real, se aproximaría sin aparecer en realidad, como la sombra proyectada por esas figuras fantasmagóricas que amenazan sin hacer presencia directa. Así como señalaba la frase lacaniana, el binomio presencia-ausencia es más que necesario para la atribución de un sentido. En ese orden de ideas, el lugar del sujeto en la propuesta contemporánea tampoco es el tradicional, racional y cartesiano al que estamos acostumbrados. Para el filósofo esloveno, el sujeto se encontraría atravesado no sólo por el lenguaje como factor mediador (así sea visto como el instrumento empleado para designar la falta mencionada), sino, sobre todo, por el inconsciente freudiano.

Butler (2002) rechaza esta concepción de lo real en Zizek (2002b), pues considera que, así como otros actos performativos, la declaración de presencia de lo real se convierte poco a poco en un hecho sustancial y mandatario, es decir, se naturaliza. Por más que se quisiera escapar de esta dicotomía (dominador-dominado, normal-patológico, dueño-subordinado), el individuo se encontraría atrapado en ella y no surgiría la posibilidad de cambio. Por ejemplo, en el problema del sujeto en el campo de la política, el debate entre opositores o entre facciones que genera conflictos estaría atrapado irremediablemente en el dualismo orden-sumisión, entre quienes ostentan el poder y temen perderlo y entre quienes lo persiguen para ostentarlo. Incluso las acciones contestatarias y los procesos revolucionarios estarían descartadas pues todas se enmarcarían en el sistema binomial, abarcador, moderno, estructurado a modo del lenguaje, que habría inaugurado la filosofía cartesiana. ¿Qué implica esto entonces? Que cualquier intento de transformación del sistema hegemónico (represivo, controlador) está excluido del panorama ontológico.

Por el contrario, existen alternativas de transformación pero Butler no las sitúa en actos revolucionarios sino en la apelación a mecanismos de

subversión simbólica que deconstruyan el discurso hegemónico imperante; es decir, recurren a la fisura derridiana, al lugar ocupado por el loco, por el insensato cartesiano, más que por el hombre ideal de Descartes. El mecanismo que ella juzga más apropiado es la deconstrucción textual realizada sobre la certidumbre de los orígenes (proceso que, en lo posible, se ha tratado de llevar a cabo en este documento), pero aún más importante es poder mostrar la ficción sobre los orígenes, ficción que deviene realidad en medio del ejercicio continuo de apelaciones a la cita.

Conclusiones

Vale la pena preguntarse, a modo de conclusión: ¿es posible concebir hoy un sujeto sólido, plenamente racional y basado única y exclusivamente en una voluntad de comprender el mundo y comprenderse a sí mismo para generar un cambio? A partir de esta pregunta se pueden formular dos respuestas.

La definición de *sujeto* butleriano (y en general posmoderno) no se correspondería con la perspectiva que naciera en la filosofía cartesiana a partir de las Meditaciones metafísicas. Sin embargo, esto no quiere decir que los posmodernos abandonen el proyecto deconstructivo de la realidad ontológica, incluyendo la perspectiva cartesiana. La posmodernidad del trabajo butleriano radicaría en el hecho de cuestionar la idea de *fundación* o de *fundamentación* como un acto creador de la inspirada pluma del filósofo francés. Los posmodernos, más que esforzarse por eliminar la noción cartesiana de sujeto, cuestionan su constitución reificada y materializada, es decir, tratan de darle sentido al origen del sujeto. El sujeto moderno (racional, deliberante, autointeresado) nació en tanto producto de unas relaciones de poder atravesadas y sostenidas por el lenguaje.

Sin embargo, ¿cómo llevar a cabo desde la discursividad un proceso que se ha sedimentado? Dado que se ha producido la materialización de prácticas

y actos, ¿cómo apelar a la transformación de las estructuras fundantes del sujeto? Gracias a su mirada crítica, puede contar con elementos para aproximarse a la deconstrucción performativa de la realidad. Así, es posible deconstruir el acto performativo de la Primera meditación (así como otras afirmaciones) como una forma de cuestionar la fundación reificada del sujeto moderno.

Dicho en otros términos, se puede apelar a un análisis del texto en el que se hace nacer dicho sujeto a partir de la exclusión constitutiva de la figura del insensato. Se constituye un sujeto en la medida en que se excluye (sin eliminar) al incapaz de razonamiento, a quien no puede dudar de sí. Al reconocer que el sujeto moderno depende del otro amenazante (el loco para la razón, el transgénero para la sexualidad, el otro racializado para la etnia), se desdibujan los cimientos que fundamentan la solidez del edificio racionalizante.

Sin embargo, lo anterior no implica que haya una visión apocalíptica del sujeto contemporáneo; por el contrario, siguiendo a Derrida (1988), el pensamiento de Butler sugiere que la exclusión constitutiva del no-sujeto no implica el cierre ni la solidificación del sistema cartesiano, sino que, en cambio, implica la afirmación de su falibilidad.

Referencias

- Althusser, L. (1980) [1969]. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Bogotá: Oveja Negra.
- Austin, J. (1990) [1962]. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (1993). *Gender as performance: an interview with Judith Butler*. Entrevista con Peter Osborne y Lynne Segal. Recuperado de <http://www.theory.org.uk/but-int1.htm>
- Butler, J. (2001) [1990]. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México D.F.: Paidós/UNAM.
- Butler, J. (2002) [1993]. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2004) [2000]. *Contingencia, hegemonía, universalidad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2005a). *Fundaciones contingentes: el feminismo y la cuestión del "postmodernismo"*. *Revista La manzana de la discordia*, 1(1), 133-147.
- Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2005b). *Giving an Account of Oneself*. Fordham: Fordham University Press.
- Butler, J. y Spivak, G. (2007). *Who sings the Nation-State?* NY/Calcuta: Seagull Eds.
- Canguilhem, G. (1962). *Lo normal y lo patológico*. México D.F.: Siglo XXI.
- Castelar, A. (2008). *La identidad en disputa: una propuesta filosófica de Judith Butler*. (Tesis de Maestría en Filosofía inédita). Universidad del Valle, Cali.
- Connor, S. (Comp.) (2004). *The Cambridge Companion to Postmodernism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Derrida, J. (1988). *Limited Inc*. Northwestern UP: Evanston.
- Descartes, R. (1990) [1641]. *Meditaciones metafísicas*. México D.F.: Porrúa.
- Foucault, M. (1967) [1962]. *Historia de la locura en la época clásica*. México D.F.: FCE.
- Foucault, M. (1976) [1975]. *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México D.F.: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977) [1976]. *Historia de la sexualidad*. México D.F.: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1971) [1966]. *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis, Escritos 1*. México D.F.: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1966). *Introducción al comentario de Jean Hyppolite, Escritos 1*, México D.F.: Siglo XXI.
- Liotard, J.-F. (1991). *La condición postmoderna*. Valencia: Cátedra.

Margot, J.-P. (2003). *Estudios cartesianos*. México D.F.: Instituto de Investigaciones Filosóficas/UNAM.

Sim, S. (1998). *The Routledge Companion to Postmodernism*. Londres: Routledge.

Zizek, S. (2001a) [1989]. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Zizek, S. (2001b) [1999]. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.

Zizek, S. (2005). *La suspensión política de la ética*. México D.F.: FCE.